



VI CARTAS

DE TEANO

LLUISA MERINO MONTES
WOMEN'S LEGACY PROJECT
Materia: Cultura clásica y Latín

I. Carta a Eubule

Teano a Eubule. ¡Salud!

Oigo decir que educas a tus hijos en una vida muelle. Sin embargo lo propio de una buena madre no es atender al placer de sus hijos, sino encaminarlos a la moderación.

Vigila pues que no hagas la tarea de quien ama, sino de quien adula, ya que cuando el placer se inmiscuye en la educación de los niños, los hace indisciplinados. ¿Qué hay de más agradable para los jóvenes sino las hábitos del placer? Es necesario, por lo tanto, querida, que la crianza de los niños no se convierta en una mala educación. La molicie es distorsión de la naturaleza cuando los niños se tornan amantes del placer en sus almas y de la sensualidad en sus cuerpos, de modo que rehúyen el esfuerzo del alma y son demasiado delicados de cuerpo.

Es necesario asimismo que las niños que se educan se habitúen a cosas que les dan miedo, aunque debas disgustarlos o afligirlos, para que no sean esclavos de sus sentimientos, deseosos de placer y reacios al esfuerzo, sino para que respeten lo que es bueno por encima de todo, se aparten del placer y soporten el dolor. Que no queden hartos de alimentos, ni complacidos en todos los placeres, pues esto es causa de completa indisciplinación en los niños, ni debe permitírseles decirlo y probarlo todo, especialmente si te inquietas cada vez que lloran y te alegras cuando ríen y sonrías con indulgencia, aunque peguen a la nodriza o te digan palabras groseras. Tampoco debes esforzarte en proporcionarles frescor en verano y excesivo calor en invierno, ni en tratarles con demasiada delicadeza.

Los niños pobres no disfrutan de nada de esto, y aun así se crían fácilmente, no crecen menos y son, con mucho, más fuertes.

Pero tú crías a tus hijos como si fueran retoños de Sardanápalo, y con los placeres debilitas su fuerza viril. Pues ¿qué lo que se puede hacer de un niño que, si no le traen pronto de comer, llora, y cuando come, busca el deleite de las golosinas; que si hace calor, desfallece, y si hace frío, tiembla; que si alguien le riñe, planta cara; y si nadie lo ayuda a obtener lo que le place, se entristece; que, si no mastica algo, muestra mal humor; que malgasta el tiempo en pos del placer, y, dando vueltas en torno a él, acaba por hundirse en el desenfreno?

Cuida, pues, querida -sabiendo que los niños que viven en el lujo, cuando se hacen hombres se convierten en esclavos- de privarles de tales placeres, dándoles así una educación austera en lugar de muelle; permíteles soportar el hambre y la sed, el frío y el calor, así como la vergüenza que puedan causarles sus compañeros o sus vigilantes. De este modo será posible que tus hijos alcancen a ser nobles de alma, tanto si están en tensión como relajados. Pues los esfuerzos, querida, son para los niños como mordientes que los empujan a perfeccionar su virtud; y si se sumergen en ellos suficientemente, adquieren el tinte de la virtud de la manera más adecuada. Vigila, pues, amiga mía, que, al igual que de las viñas mal cuidadas se obtienen frutos deficientes, tus hijos, a causa de la molición, no produzcan los malos frutos de la desmesura y de una gran inutilidad.

Que lo pases bien.

II. Carta a Euclides

Teano al médico Euclides. ¡Salud!

Ayer alguien se rompió una pierna, y un hombre vino a tu casa para llamarte. Yo misma me hallaba junto al herido, pues se trataba de uno de mis amigos. Pero tan pronto como regresó, el enviado nos dijo que también el médico se encontraba mal y que sentía dolores en el cuerpo. Entonces yo, lo juro por los dioses, olvidándome de mi amigo, tuve solo al médico en mente y supliqué a Panacea y a Apolo, el del insigne arco, que no le sucediera nada enojoso. Con todo, puesto que aún estoy angustiada, te mando unas letras, pues quiero saber como te encuentras, si no te ha empeorado el estómago, si la fiebre no te ha perjudicado el hígado, y si no tienes ninguna lesión orgánica. Así, despreocupándome de las muchas piernas de mis amigos, te expreso, excelente médico, mis mejores deseos en pro de tu preciada salud.

III. Carta a Eurídice

Teano a la admirable Eurídice. ¡Salud!

¿Qué dolor aflige tu alma? Te angustias por otro motivo o porque aquel con quien estás casada frecuenta una cortesana y de ella obtiene placer sensual? No es necesario que lo tomes así, ¡oh la más admirable entre las mujeres! ¿Acaso no ves que también el oído, cuando se colma del placer de la música del órgano y rebosa de su melodía, al quedar saciado de ella, gusta entonces de la flauta y escucha con deleite el caramillo? Aunque, ¿qué relación existe entre la flauta, por un lado, y, por otro, los acordes musicales y el admirable sonido de un órgano de la más suave factura? Así debes pensar con relación a ti y a la hetera con quien tu marido convive: por su condición, naturaleza y razón, él te estima a ti; pero, un día, cuando le alcanza la saciedad, entonces, de paso, entra en casa de una hetera. Y también porque quienes poseen un gusto corrompido, guardan un cierto amor por los alimentos que no son buenos.

IV. Carta a Calisto

Teano a Calisto. ¡Salud!

A vosotras, jóvenes, en el momento en que contraéis matrimonio, se os confiere, según la costumbre, el poder para mandar a los que trabajan en la casa. Pero con frecuencia conviene acudir a las enseñanzas de las mujeres de mis edad, que siempre saben dar un consejo para el gobierno de la casa. Pues está bien, al principio, aprender lo que no conocéis, y considerar que el consejo más apropiado es el de las mujeres mayores. En estos asuntos, en efecto, el alma de una joven debe ser educada como si fuera virgen. La principal autoridad de las mujeres en la casa es la que tienen sobre las sirvientas. Pero más importante aún, querida, es la benevolencia para con los esclavos. Y esta no se adquiere junto con sus cuerpos; al contrario, es con posterioridad que las señoras prudentes la alcanzan. La causa de ello es dar un trato justo a los esclavos, a fin de que no queden rendidos por un trabajo agotador, ni incapacitados por las privaciones, pues son hombres por naturaleza. Hay algunas señoras que suponen beneficioso lo que justamente es más perjudicial: los malos tratos a las sirvientas, negándoles lo que es necesario. Y en consecuencia, si bien se ahorran la renta de casi un óbolo, acaban pagando con daños mayores: rencor y perversas insidias. Es de

tu incumbencia, por cierto, tener preparada una medida de la ración alimenticia, en proporción a la cantidad de trabajo diario de quienes trabajan la lana.

Por lo que respecta a la dieta, lo dicho hasta aquí será suficiente. En cuanto a la indisciplina, lo que es conveniente para ti es no ser condescendiente en provecho de aquellas. Hay que castigar a las sirvientas según la pena que les corresponda, pensando que, de una parte, la crueldad no comporta nada agradable para el alma, y, de otra, que el repudio de la maldad no es un árbitro inferior a la reflexión. En el caso que el exceso de maldad de la sirvienta sea invencible, será necesario expulsarla por medio de la venta. Pues lo que es ajeno a las necesidades de la casa, también lo es a las necesidades de las dueñas. Acata la sentencia del magistrado, pues por medio de ella se conoce la verdad del deliro en relación con la condena, y la gravedad de las faltas según el castigo merecido.

Con todo, la clemencia y la gracia de las señoras libran de castigos a las sirvientas que han cometido alguna falta. De este modo conservarás lo que es conveniente y apropiado a tu modo de vida. Porque algunas señoras, querida, llevadas por su crueldad, embrutecidas por causa de los celos y la cólera, azotan los cuerpos de las sirvientas como si escribieran para su propio recuerdo el caso extremo de su amargura. Y si algunas sirvientas consumen su tiempo trabajando con empeño, otras buscan su salvación en la huida, y algunas otras dejan de vivir dándose muerte con su propia mano; al final, la soledad de las señoras, que se lamentan de su insensatez en los asuntos de la casa, comporta un desolado remordimiento.

Ya sabes, querida, por comparación con los instrumentos musicales, que estos suenan mejor cuando están algo destensados, y en cambio, cuando están tensados en demasía, revientan. Lo mismo sucede en relación con las sirvientas: es cierto que mucho relajamiento produce un efecto contrario a la obediencia, pero una vigilancia estricta desata las fuerzas instintivas de la naturaleza. Por todo ello es necesario ser prudentes: la medida es lo mejor en todo. Pórtate bien.

V. Carta a Nicóstrata

Teano a Nicóstrata. ¡Salud!

He escuchado hablar de la locura de tu marido, dicen que tiene una hetera y tú, por tu parte, lo miras con celos a él. Pero, querida, he conocido a muchos hombres con esta misma enfermedad;

pues quedan como si fueran retenidos y controlados por estas mujeres, y pierden la cabeza. Por otro lado, tú estás desanimada tanto de noche como durante todo el día, y angustiada, y tramas algo contra él. ¡No hagas esto, querida! Porque la virtud de una mujer casada no es la vigilancia estrecha del marido, sino la colaboración. La colaboración es soportar el error. Además, si tiene tratos con una hetera, es por placer, pero con su mujer es para provecho. Es ventajoso no mezclar el mal con los males, ni añadir locura a la locura. Algunas faltas, querida, cuando se censuran, se avivan aún más; pero cuando se mantienen quietas. En efecto, se detienen, como se dice que el fuego se apaga con la quietud. Porque, si al censurarlo cuando quiere escapar de tu atención, le quitas el velo de su pasión, entonces realizará su falta abiertamente. Pero tú crees que el amor por tu marido no es la bondad; porque éste es el don de la sociedad. Por tanto, considera que él va a la hetera por diversión, pero está presente contigo para vivir una vida contigo, y te ama con inteligencia, pero a esa mujer con pasión.

Sin embargo, el momento de esto es corto; pues tiene simultáneamente clímax y satisfacción, y sucede rápidamente y se detiene. En efecto, el amor por una hetera es de corta duración para un hombre que no es del todo malvado, pues ¿qué hay más vacío que el deseo que se obtiene de aquello que es injusto? Por esta razón, en algún momento se dará cuenta de que está degradando su vida y deshonorando su propia decencia, ya que nadie que sea prudente continúa en una ruina de su propia elección. Por lo tanto, cuando sea llamado por los justos deberes que tiene hacia ti y vea el menosprecio de su vida, entonces te escuchará y, como no puede soportar el ultraje de la censura, se arrepentirá.

Pero tú, querida, vive diferenciándote de la hetera, no seas como ella, sino sobresaliendo en tu comportamiento ordenado hacia tu marido, y en el cuidado de tu casa, en tu trato con las esclavas, y en el amor tierno hacia tus hijos. Por lo tanto, no debes tener celos de ella (pues sólo es correcto sentir celos de las mujeres virtuosas), y debes presentarte como dispuesta a la reconciliación. Porque los rasgos nobles ofrecen buena disposición incluso con los enemigos, querida, y el honor es un producto de la bondad noble solamente, y por medio de ella una esposa puede superar a su marido en autoridad y darse a sí misma el honor en lugar de servir al enemigo.

Por eso, cuando sea atendido pacientemente por ti, se avergonzará aún más, y deseará reconciliarse rápidamente, y te amará intensamente, ya que ha llegado a reconocer su injusticia hacia ti, porque comprende tu atención a su modo de vida y recibe la prueba de tu amor hacia él. Y así como las

desgracias del cuerpo se hacen placenteros cuando cesan, asimismo las diferencias entre los amantes traen consigo reconciliaciones más amorosas.

¡Pero resiste los designios de tu sufrimiento! Porque él está enfermo, y hace que te enfermes también de pena. Y como él ha dañado su honra, te incita a dañar también tu honra. Y como él está perjudicando mucho su vida, te anima también a perjudicar mucho tu ventaja. Por estas cosas, parecerá que te enfrentas a él, y al castigarlo, te castigas a ti misma también. Pues, aunque te divorcies y te marches, entonces probarás tu fortuna con otro hombre después de haberte divorciado del primer hombre, y si ese hombre te vulnera de forma similar, de nuevo [probarás] con otro hombre (porque la viudez no es soportable para las mujeres jóvenes), o te quedarás sola sin hombre, es decir, soltera.

Pero ¿descuidarás tu hogar y destruirás a tu marido? Entonces soportarás el daño de una vida desgraciada. Pero ¿te vengarás de la hetera? Ella estará en guardia para defenderse, y quizás quiera vengarse también; una mujer que no se ruboriza es una buena luchadora. Pero ¿es bueno pelear todos los días con tu marido? ¿Y por qué razón?

Porque las peleas y los reproches no frenan la intemperancia, sino que aumentan el desencuentro con su avance. ¿Planeas algo contra él? No, querida, los dramas trágicos, en los que Medea actuaba transgrediendo la ley, nos han enseñado a dominar la ira celosa manteniéndola en orden.

Pero al igual que uno debe mantener las manos alejadas de una enfermedad ocular, así también debes dejar de lado el reclamo de tu sufrimiento, pues soportando con paciencia se extinguirá su pasión más rápidamente.

VI. Carta a Timónides

Teano a Timónides. ¡Salud!

¿Qué hay de común entre tú y yo? ¿Por qué siempre nos calumnias? ¿Acaso no sabes que nosotros por todas partes te alabamos, mientras tú haces lo contrario? Pero date cuenta también de que, aunque nosotros te alabemos, no hay nadie que nos crea; y que cuando tú nos calumnias, no hay nadie que te escuche. Por esto me alegro de que así lo contemple la divinidad y que sea sobre todo la verdad quien decida.

- Traducciones de: Mercedes Gutiérrez, Montserrat Jufresa, Cristina Mier y Félix Pardo (1996), “Teano de Crotona”, en *Enraonar* 26, p. 95-108
- Los textos en griego se pueden encontrar en (consultado el 24/07/2023): <https://www.hs-augsburg.de/~harsch/graeca/Chronologia/S_ante06/Theano/the_epis.html>